

UNA PROPUESTA METODOLOGICA: ¿QUE ES UNA SOCIEDAD ESCLAVISTA?

G. FATAS

JUSTIFICACION

Esto no es sino un modesto propósito de reflexión en voz alta sobre temas en los que la investigación española no posee una verdadera tradición. El impacto del pensamiento marxista es muy reciente, recentísimo, entre los universitarios españoles y, sobre todo, entre los estudiantes. Como docentes e investigadores que somos a la vez casi todos nosotros hay un doble motivo de seria preocupación por las consecuencias que el fenómeno pueda alcanzar. Ya se han acabado los tiempos en que el marxismo, comunismo y ateísmo eran los tres términos de una ecuación rígida. Marxista o no, el historiador de hoy, el profesor de nuestros días no tiene el más mínimo derecho a ignorar lo que en el terreno historiográfico está emprendiendo, sobre todo desde los años sesenta, el materialismo histórico para la renovación de unos modos de hacer evidentemente anquilosados y rígidos.

Por causas ajenas a la voluntad de los científicos españoles nuestra Universidad no puede hoy equipararse en este terreno a la italiana o a la francesa, por no hablar sino de las más próximas y relativamente semejantes.

Debemos ser muy conscientes de nuestras limitaciones ab origine y de la necesidad de airear colectivamente cuestiones que, independientemente de la voluntad de cada uno, resultan del mayor y justificado atractivo para quienes en las aulas siguen con atención lo que ocurre en el mundo de los estudiosos de la Antigüedad.

Lo que sigue es, simplemente, una petición de ayuda a los colegas y una oferta, más o menos afortunada, de puntos de reflexión que, a juicio de quien escribe, son hoy obligados para quienes tienen como vocación y objetivo principales en su vida profesional formar a sus alumnos y construir un poco cada día una parcela más de nuestra historia antigua.

Desde mis necesidades concretas y cotidianas de docente y de perpetuo aprendiz de todo traigo a esta reunión —con petición anticipada de excusas— lo que, a fin de cuentas, quizá no pase de ser la exposición de unos problemas personales. Nunca me he dedicado a la investigación teórica; lo poco que haya podido hacer ha permanecido más bien en el terreno de esa prehistoria que es la investigación no interpretativa. Quizás esa circunstancia pueda servirme ahora de atenuante ante los colegas y profesores del Coloquio.

¿Estudió Marx las “sociedades esclavistas” antiguas?

Independientemente de lo que llegara Marx a decir en diversos textos acerca del llamado *modo de producción esclavista* (MPE), es un hecho que el concepto ha sido manejado por buena parte de los historiadores marxistas y durante la mayor parte del tiempo a través de simplificaciones inconfundiblemente catequísticas como las que, no única pero sí notoriamente, se leen en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de F. Engels.

Es asimismo cierto que este particular enfoque del MPE, redondo, acabado y fijo ha servido a muchos historiadores no marxistas y a todos los antimarxistas para sus críticas, especialmente desde los años 30 y 40 de este siglo. Sólo muy recientemente ha comenzado a hacerse más luz sobre el tema.

Por decirlo brevemente y de modo que sea sustancialmente cierto, recordaremos que en la obra extensísima de Marx la mayor parte de los trabajos de madurez se dedicaron a estudiar el *modo de producción capitalista* (MPC) y las correspondientes formaciones socioeconómicas. Este tema absorbió la mayoría de su esfuerzo científico, que no pudo culminarse (*El Capital* es una obra inconclusa). *El Capital*, tal y como quedó, es ante todo un análisis de la infraestructura económica del MPC que se detiene, al final, en el lugar en que Marx probablemente se disponía a acometer: el análisis de tema tan importante como el de las clases sociales.

Está claro que lo mismo en *El Capital* que en el resto de la obra marxiana no pueden establecerse distinguos escolasticistas del tipo del que acabo de hacer, ya que el carácter dialéctico de su método lo impide al incriminar en todos sus trabajos los diversos planos de una realidad eminentemente compleja; pero sí es cierto que, de hecho, la atención que prestó, obligadamente, a los aspectos más propiamente económicos del capitalismo presenta a éstos como los predominantes en el conjunto de su obra.

No puede, pues, caerse en la liviandad de afirmar que Marx definió o estudió de modo que pudiera llamarse acabado los modos de producción anteriores al capitalismo, respecto de los que no elaboró ningún análisis detallado.

Marx escribió que es la anatomía del hombre la que explica la del mono, y no a la inversa, significando que sólo el conocimiento del punto último de una evolución puede iluminar con plenitud el significado de rasgos embrionarios o simplemente esbozados en las fases anteriores, y ayudar a distinguir a éstos de los que no son sino supervivencias o ensayos que se van a frustrar en el futuro. En la misma medida en que Marx necesitaba conocer la evolución del MPC para desentrañar su realidad, necesitó recurrir a las fases de su génesis histórica. Por ello hubo de dedicar cierta atención —aunque incomparablemente menor que la dedicó al MPC— a la época del feudalismo. Y en el estudio del *modo de producción feudal* (MPF) no pasó —ni tenía por qué para conseguir su propósito— de trazar unas líneas muy generales y maestras sobre su desarrollo, especialmente en Europa Occidental.

Lo que Marx pudo averiguar y analizar en torno al mundo prefeudal fue muy poco, aunque a menudo especialmente lúcido; jamás con pretensión de lograr otra cosa que no fueran esbozos, rasgos muy gruesos cuya detección venía requerida por la búsqueda las raíces del MPF, pero que nunca quisieron componer un verdadero retrato.

Marx había leído y conocía bien los trabajos de Mommsen, por ejemplo, y no son extraños en sus trabajos nombres como los de Diodoro, Cicerón o Tácito. A nivel de conocimiento de las fuentes literarias más importantes, sobre todo para la época imperial o de fines de la República, Marx conocía no mucho menos de lo que conocemos hoy nosotros; respecto del mundo griego le eran así mismo muy familiares los grandes autores. Pero, al igual que Mommsen, ignoraba prácticamente todo lo referente al mundo griego anterior al clasicismo, incluyendo los tiempos arcaicos, los siglos oscuros y todo lo relativo a las culturas egeas. Ningún estudioso de la época era capaz de proporcionar información sobre aspectos hoy tenidos como fundamentales para el estudio del mundo romano.

Durante la vida de Marx, los grandes sabios alemanes más o menos calificables de positivistas llevaron a cabo la monumental tarea que todo el mundo conoce, de recopilación y ordenamiento de informaciones. Los numerosos *corpora* epigráficos, las ediciones y colecciones completas de las fuentes en versiones depuradas y críticas, así como la redacción de las primeras grandes enciclopedias de la Antigüedad son, más o menos, contemporáneos de Marx y, por lo tanto, no digeribles aún por la historiografía de su tiempo. Acabando el siglo XX los historiadores del mundo antiguo están aún lejos de haber agotado este venero ordenado sobre todo por filólogos y juristas.

No es posible perder de vista estas circunstancias a la hora no sólo de calificar los escritos de Marx en que hay *alusiones o referencias* a la Antigüedad (pues raramente se halla más que eso), sino a la de medir las posibilidades reales de que disponía para acometer un estudio del tema en profundidad. Si hoy solemos acordar que son pocas las posibilidades de intentar una reconstrucción del mundo antiguo que sea ni siquiera aproximada, en general, por su acabamiento y precisión a las que se hacen o pueden hacerse para épocas posteriores, convendremos también en que la lucidez del pensador alemán advirtió el problema.

La Antigüedad es una época anestadística y, en el sentido actual de la palabra, anhistórica durante la mayor parte del espacio geográfico interesado. No sólo el transcurso del tiempo no ha privado, presumiblemente para siempre, de cientos de páginas conteniendo información; no sólo se han perdido miles de datos consignados en códices, pergaminos, papiros, metales, maderas y piedras, sino que (y eso es lo más característico) en todos ellos no hubo nunca lo que hoy llamaríamos con propiedad textos económicos o sociológicos.

La mentalidad grecorromana —y lo ha estudiado muy bien Finley hace poco— no fue económica en el sentido que esta voz cobra a partir, sobre todo, del siglo “moderno” que es el XVIII.

En definitiva: no es aventurado afirmar enfáticamente que Marx no intentó nunca estudiar de manera específica la sociedad clásica o antigua en general. Y en su tiempo, además, resultaba imposible aplicar (con la intensidad con que lo hicieron Marx o Weber para el capitalismo) al mundo de lo antiguo un método de análisis “total”, por la misma razón que sigue siendo hoy nuestro principal inconveniente: la falta irremisible de información.

Hubo, sin embargo, manipulación

Partiendo de estas premisas es evidente lo interesado, lo manipulador que puede resultar y resulta presentar los textos marxianos sobre el tema como verdades acabadas, inconcusas o con otro valor que el de la aproximación científica a hechos de interés general pero en los que apenas resulta posible ahondar más allá de unas consideraciones tan generales, tan globales que pierden todo su valor cuando son forzadas a constituirse en explicaciones universales: para

todos los problemas y en todos los lugares.

De hecho, fueron algunos epígonos de Marx quienes convirtieron con empeño digno de mejor causa al pensamiento marxista en un recetario de dogmas, aplicables a la interpretación de todo, resueltos e imperfectibles. Este hecho, previsto de alguna manera por Marx cuando advirtió con alarma que alguien podría hacer de su método una especie de "filosofía de la historia", resultó inevitable por razones que el mismo Marx ayuda a entender con su propio sistema de análisis.

La explicación principal se halla en las urgencias políticas, en las luchas de los trabajadores e intelectuales contra el desaforado capitalismo decimonónico, en que la inmensa mayor parte de los marxistas lo fueron por razones de militancia y lucha política. Se tiende a menudo a olvidar que Marx fue, sobre todo, un militante político, activo y perseguido, entregado de lleno a una lucha diaria por el proletariado industrial superexplotado en la Europa Occidental de su tiempo.

Cuando por primera vez un partido que se reclamaba de las tesis de Marx, el bolchevique, se instaló en el poder político en 1917, puede decirse que se abría un nuevo tiempo histórico: un país, enorme por añadidura, estaba bajo el control de gobernantes y militantes formados en el materialismo dialéctico e histórico. Había nacido el primer régimen marxista.

Pero ¿qué significado damos a "ser marxista"? ¿Hay un modo exclusivo y excluyente de marxismo? La respuesta para un observador imparcial es evidente: calificar a algo de marxista, científicamente hablando, no define demasiado y, políticamente, cada vez resulta menos significativo en propiedad por cuanto que muchos instrumentos de análisis acuñados por Marx son empleados, a fuer de eficaces, consciente o inconscientemente, por todos los movimientos culturales e ideológicos actuales.

La situación concreta de la recién nacida URSS y su carácter de primer experimento marxista significativo (en cuanto que intento con posibilidades de construir una nueva sociedad) tuvieron un decisivo peso en la visión que el mundo en general iba a tener del marxismo y sus efectos. Desde ese punto de vista el marxismo se identificó, primero, con el marxismo-leninismo y, luego, con el stalinismo. La historia desgarrada de la URSS en unas coordenadas históricas realmente singulares, llevó a los sectores prevaecientes del antiguo bolchevismo a la adopción de actitudes políticas que externamente parecían como la expresión del más puro marxismo.

En países como el nuestro (donde estos sucesos ocurrían en buena parte a la vez que una férrea censura impedía sin resquicios la consulta directa a los clásicos marxistas) ni hay que decir que los efectos de la historia soviética sobre el juicio general acerca del marxismo fueron especialmente desvirtuadores. Si en países de tradición democrática y liberal la Guerra Fría y los enfrentamientos exteriores llevaron muchas veces a posturas anti-marxistas ampliamente generalizadas, es de suponer lo que ocurrió en España.

Un descubrimiento tardío y desenfocado

España ha sido un país cuyos universitarios, salvo excepciones estadísticamente irrelevantes, hemos descubierto poco menos que a la vez, tras la Guerra Civil y su posguerra, a Marx, a Lenin, a Gramsci y a Althusser ó Lukács y, a menudo, a éstos últimos antes que a los primeros, resultando que hemos tomado el café antes que la sopa bebiendo a menudo en sucedáneos de dudosa calidad.

El hambre provocado por los largos ayunos es natural, pero no normal, ni sano. Y, en tanto que docentes, es nuestra obligación advertir que, para cualquier materialista histórico, resultará sorprendente pasear la mirada por las librerías españolas y advertir cómo son los libros manuales de Dekosky, Kajdan, Mishulin, Kuczinsky, Kosminski, Struve o Kovaliov los que, editados en castellano no hace mucho tiempo (y, en ocasiones, ni siquiera un año), han servido de hecho para introducir masivamente en nuestras aulas las visiones marxistas sobre el mundo antiguo y, en especial, sobre Grecia y Roma.

Si bien no puede negarse a esos manuales virtualidades que los hacen muy útiles en aspectos notables (sobre todo comparados con la producción "tradicional" y autóctona) tampoco es lícito ocultar que responden a una situación de "ciencia oficial" interesada en manipular los textos de Marx. Así se conseguía plegar la exposición histórica a las exigencias de un régimen dictatorial de partido único sometido, a su vez, a la férula de Stalin.

(Hay que añadir a estos datos otras componentes circunstanciales que no son directamente políticas, como es el caso del asombroso desconocimiento de algunos editores que, puestos a sacar al mercado libros de esta especie, prefieren editar el Kovaliov en lugar del Mushkie, que

es mucho más útil y completo. Nuestra realidad reciente ha sido en tal grado patológica que, de hecho, hemos estado y se está trabajando en las aulas sobre textos escritos en la URSS que en la URSS misma hace años que ya no se manejan).

El modo de producción esclavista "ortodoxo"

Por causa de un discurso de Stalin en los años 30 en toda la bibliografía oficial soviética y durante decenios han figurado definiciones como la que me permito transcribir ahora de un libro que —demostrando hasta qué punto es cierta la culpa de algunos editores— acaba de ver la luz como novedad entre nosotros; culpa que sólo sorprende menos que la ignorancia de una censura oficial que en sus descuidos permite salir al mercado un libro de bolsillo staliniano en grado químicamente puro:

"Modo esclavista de producción; *primer modo de producción basado en la explotación que aparece en la historia; surge por descomposición del régimen de la comunidad primitiva* (....) El trabajo del esclavo se aplicaba en gran escala en los latifundios y en la producción artesanal. En la época en que se forma el régimen esclavista, la sociedad se divide en *dos clases fundamentales: los señores esclavistas y los esclavos*. (....) El régimen esclavista fue cuarteado por las sublevaciones de los esclavos y la lucha de los campesinos libres contra los dueños de esclavos..."

Hemos subrayado los asertos que constituyen burdas simplificaciones no ya de la realidad sino de los planteamientos que hace Marx en sus obras y que son ignorados en sus ricas matizaciones por esta obrita enciclopédica dirigida por Borisov y publicada en España en 1974. Pero no se piense que esta brutalización esquematizadora responde al carácter compendiado de la obra que citamos. Veamos unos párrafos de Kovaliov en la introducción a su obra general sobre Roma:

"En la época romana" (?) "el trabajo de los esclavos, tanto en Italia como en las otras provincias, tuvo una función preeminentemente *en todos los campos de la vida económica*. La posición jurídica y de hecho de los esclavos empeoró considerablemente con respecto a los periodos precedentes, hasta el punto de justificar la definición que de ellos daban Aristóteles y Varrón: instrumentos animados y parlantes. Toda la zona de la cuenca Mediterránea, con su vasta periferia, estaba unida por vínculos económicos ya bastante estrechos como para hablar de un embrión de un único mercado mediterráneo y de algunos fenómenos económicos comunes a toda la zona: oscilación de los precios, crisis. La potencia romana, creada por la expansión del sistema esclavista, se erigía por lo tanto no sólo sobre la fuerza de las armas sino también sobre una cierta unidad económica de la zona mediterránea. Y, por su forma, esa potencia, aunque continuaba siendo una confederación de ciudades autónomas, se acercaba a los estados territoriales de tipo helenístico (....)

Llevando el sistema esclavista a su máximo desarrollo, Roma llevó al mismo tiempo a la máxima agudización todos los contrastes sociales que este sistema supone. Nunca en la historia del mundo antiguo las contradicciones entre libres y esclavos, entre ricos y pobres, alcanzaron tal intensidad como en la época romana. Ni en el Oriente clásico, ni la Grecia antigua conocieron luchas sociales tan grandiosas como las guerras civiles de los siglos II y I a. C. o los movimientos de masas de los colonos, los esclavos y los bárbaros del III y IV d. C. La época romana (?) creó las premisas de aquella revolución que *liquidó a los propietarios de esclavos y suprimió la forma esclavista de explotación de los trabajadores*. Esta revolución y las invasiones bárbaras destruyeron la sociedad esclavista de la cuenca del Mediterráneo y marcaron la iniciación del Medievo europeo."

No es preciso extenderse en consideraciones sobre el párrafo y seguramente ya no será sorpresa para nadie señalar que la frase subrayada en que se contiene condensada la doctrina sobre las causas de la caída del Imperio de Occidente no es de Kovaliov sino de José Stalin.

Hablar de "época romana", ignorar la existencia temprana y bastante generalizada de *coloni*, pasar por alto la legislación sobre manumisiones y sus implicaciones o el censo real de las revueltas de esclavos y su carácter no clasista generalizado, es mucho ignorar. Y, por parte de los editores en castellano, significa despreciar trabajos procedentes del mundo llamado socialista que han superado hace tiempo estos planteamientos apologéticos y doctrinarios en buena medida.

Evolución y tránsito revolucionario

Está claro que la estalinización del marxismo no logró, a pesar de la eficacia con que se impuso, superar los niveles de utilidad alcanzados por Marx en su esbozo sobre el MPE. Como tal esbozo tenía valor generalizador; se trataba de dar forma a un conjunto de hechos, precariamente conocidos, y que se apoyaban, sobre todo, en las fuentes escritas antiguas que Marx tuvo a su disposición al escribir: especialmente las de los siglos V y IV atenienses y los grandes clásicos romanos especialmente concentrados en torno a los cuatro siglos que bordean el cambio de Era más alguna excepción tardía como San Agustín.

Demos por sabido que todo el mundo conoce las manipulaciones de época estaliniana, al menos en sus líneas generales que han producido obras tan diversas y de tanto interés como las de Winfogel, Sofri o Godelier que denuncian esas manipulaciones; también, que nunca Marx afirmó que hubiera no ya cinco, sino seis, ni siete ni ningún número predeterminado de modos de producción en los que cupiera toda la historia universal; demos por sabido que todo el mundo entiende que Marx estudiaba con preferencia los fenómenos socioeconómicos e históricos que podían explicar la situación del mundo capitalista de su época; que nunca pretendió que sus breves excursos por las sociedades orientales o antiguas (significativamente lúcidos, en todo caso) sirvieran como repertorio de dogmas o como elementos de una catequesis política cristalizada; que el marxismo, en tanto que manera científica, ha sufrido numerosos raptos y secuestros, de entre los que los más perjudiciales han procedido de algunas rigideces postmarxianas más que de los propios enemigos "naturales" de esta forma de socialismo científico. Y podemos asimismo dar por sabido que todo el mundo entiende por mixtificación el hecho de que la aparición sucesiva de los distintos modos de producción tenga que seguir un orden ineluctable, según se piensa tan a menudo, mientras que lo que Marx señaló fue que, en determinadas partes del mundo que le interesaban especialmente a la altura de la segunda mitad del siglo XIX, ciertas formaciones económico-sociales respondían visiblemente en muchos elementos a los sucesivos predominios de ciertos modos de producción. De entre ellos, el capitalista recibió estudios en profundidad.

Es también notorio que, a medida que Marx retrocedía en el tiempo, penetraba en épocas en que la inexistencia de economías de mercado generalizadas o de escala, e incluso de lo que llamaríamos mentalidades económicas ni burocráticas dificultaba la creación de regiones económicamente homogéneas; y eso en una fase de la historia humana en que los medios de producción e intercambio eran primitivos pero ya lo suficientemente diversos como para que se produjeran combinaciones complejas y variadas y grados de predominio tan distintos que, de hecho, llevaron a Marx a la conclusión (que hoy puede mantenerse) de que en la misma Europa Occidental y en el ámbito mediterráneo había que hablar de modos de producción como el germánico, el antiguo, el esclavista, el asiático o el eslavo.

Sólo al retroceder a los tiempos del "salvajismo", de la prehistoria premetalúrgica e incluso preneolítica, cuando resultaba evidente que los medios de producción se reducían a los requeridos por la actividad predatoria del hombre, sólo entonces y apoyándose (tanto él como Engels) en estudios tan serios como los que fueron los de Morgan y otros, afirmaron la existencia verosímil de una sola manera de formación socioeconómica en el mundo: la de la comunidad primitiva.

Aunque no podamos detallarlo, señalemos también por qué no es admisible afirmar, ateniéndose a los textos de Marx estrictamente, que las transiciones de uno a otro modo de producción hayan de ser forzosamente revolucionarias. Eso es omitir las realidades de la desigualdad del desarrollo, de lo que llaman ahora planos determinante y dominante y, sobre todo, evidencias históricas comprobadas por Marx, por su parte, nunca ignoró (y el ejemplo limitado de 1789 no puede tener valor universal ni siquiera para el paso del Antiguo Régimen al Capitalismo, cuánto menos para épocas anteriores).

Esclavos y esclavismo

En ningún punto de la obra de Marx se hallará que la existencia de esclavos suponga necesariamente una sociedad esclavista. Pero, lo que es más, Marx distingue claramente entre las situaciones de lo que él llama "esclavitud general" o "generalizada" de lo que propiamente podría denominarse "sociedad esclavista". El texto más aclaratorio sobre esto, el de las *Formas económicas precapitalistas*, fue literalmente secuestrado por las autoridades soviéticas durante decenios, siendo desconocido, incluso en su misma existencia, en Europa hasta hace

escasamente quince o veinte años.

No puede añadirse mucho a lo que sobre el particular ha escrito Hobsbawm en su magnífico prólogo a éste texto, hace poco editado en España. Sólo señalaré que, respondiendo a la inevitable tendencia desarrollada por Marx en sus trabajos, el texto de las *Formas* se ocupa más extensamente del modo de producción germánico (MPG), muy cercanamente relacionado con el feudal (MPF); y si en ese trabajo las referencias a ambos son relativamente amplias (en tanto que el uno es antecedente del capitalismo europeo y el otro está directamente vinculado con el feudalismo al que necesitaba conocer con cierto detalle) cuanto se dice de los restantes es muy poco, en un visiblemente nivel de abstracción y, en suma, perfectamente generalizador e indicativo.

Cuando Marx habla del MPE lo hace pensando sobre todo en el Imperio Romano de Occidente o en los Estados Sudistas Confederados norteamericanos, y apenas en el mundo oriental o griego; y aún dentro de la romanidad occidental, en unos pocos siglos de los más de diez que forman su historia. En su obra son muy escasas las cosas que se dicen en torno al MPE. No parece demasiado interesante hablar de sus epígonos (incluido Engels), porque la mayor parte de lo que hasta hace poco han intentado añadir a Marx no ha servido sino para, sobre todo, almidonar y añadir rigidez a exposiciones e interpretaciones que de suyo fueron todo lo contrario: aproximativas, sugeridoras, trazando lo imprescindible para apoyar un discurso histórico y económico que necesitaba de una secuencia temporal y diacrónica para ser construido y entendido. (Véase la obra de Backhaus sobre el tema).

La esclavitud, para Marx, no es característica exclusiva de las formaciones socio-económicas basadas en el MPE. La esclavitud es compatible con la existencia de otras formaciones del tipo de las comunas formadas por campesinos, autosuficientes. También toleran éstas la existencia de un sistema monetario, o la de guerras de carácter expansivo, al igual que ocurre en sociedades más propiamente esclavistas. No se trata ahora de que Marx lo afirmase o no (que sí que lo afirmó), sino de que pueden aducirse ejemplos muy probatorios: no todas las sociedades en que existían esclavos, moneda, propiedad privada de la tierra y una cierta economía de mercado fueron esclavistas.

Algunas de estas sociedades acabaron siéndolo en determinados momentos de su evolución. En otras, la combinación de estos elementos, efectuada de manera distinta, llevaría a otros tipos de formación que tendríamos que calificar de híbridos o atípicos si fuésemos tan ingenuos o mixtificadores que aceptásemos el supuesto propósito de Marx de definirlo y clasificarlo todo.

En algunas sociedades, preferentemente agrarias y campesinas, con existencia de esclavos y de otros elementos que arriba enumeraba, se produjo la evolución en el sentido apuntado. Serán éstas las sociedades que, por sus resultados históricos, algunos consideran más “típicas”, aunque su forma pretendidamente canónica sea de breve duración (y aunque el mismo hecho de canonizar y tipificar de este modo sea inaceptable para un materialista dialéctico).

Hay algo que parece haber pasado inadvertido durante un siglo a muchos exégetas del escolasticismo marxista: que cuando Marx habla del MPE lo hace inmergiéndolo en un término más amplio, que es el de la Antigüedad clásica, el del “mundo antiguo” cuyo alcance concreto no se especifica.

Esclavos y economía

He aludido antes a ese atractivo trabajo de Finley en que tanto insiste sobre el hecho de que en la Antigüedad no existió lo que hoy llamaríamos una “mentalidad económica” y, menos aún, a nivel de organizaciones estatales. Es importante tenerlo en cuenta sobre todo para saber cómo hay que enfocar los asertos que contiene las fuentes clásicas. (Puede asegurarse que, como ejercicio intelectual, no es nada sencillo). Pues bien: ya en las *Formas*... se advierte que “entre los antiguos no encontramos jamás una labor de investigación sobre qué formas de propiedad territorial, etc., resultan más productivas, sirven para crear más riqueza Esta preocupación está siempre referida a la clase de propiedad que permite la creación de los mejores ciudadanos. La riqueza, como fin en sí, parece ser sólo apreciada en unos pocos pueblos comerciantes, monopolistas del comercio de transporte, que viven en las zonas de transición del modo antiguo (sic), de la manera en que lo hacen los judíos en la sociedad medieval”.

Esto muestra bastante claramente —y no es mérito el que lo diga Marx; sino que es mérito de Marx haberlo visto— que no existe en la sociedad antigua preocupación importante ni por la productividad ni por la manera de mejorarla. Los que hayan leído a Tucídides

en el Económico, a los tratadistas agrarios romanos o a Pilinio saben perfectamente que queremos decir. Allí se plantean los autores qué plantas sembrar y en qué turnos para que la tierra no se agote; se preguntan acerca del tipo de siervo o encargado a quien conviene encomendar el cuidado de la explotación; cuánta tierra debe exigirse a cada hombre que labre en su quehacer cotidiano, según las clases de cultivos y terrenos... Pero nunca aparecen cuestiones como si conviene o no que la gestión de las tierras se halle mejor encomendada al municipio, al Estado o a un consorcio ni se comparan estas posibilidades con la gestión de un particular; nunca se estudia verdaderamente el problema de la rentabilidad, ni el de los costos globales, por no hablar de la comercialización entendida como un proceso largo, incluyendo las vinculaciones con las redes de transporte o las "industrias" manufactureras y, menos aún, de la búsqueda de mercados en su sentido propio.

Sin duda que hubo individuos o grupos sociales que, en algunos momentos, empíricamente, se preocuparon de estas cuestiones (los Saserna, los navicularios, etc.); pero no era una preocupación importante para la inmensa mayoría de la sociedad e incluso de la sociedad "responsable". Estaba el tema desde luego ausente de la ideología de la "clase dominante", al contrario de lo que ocurre en la sociedad capitalista europea o norteamericana en donde, sobre todo por la misma evidencia y por los discutidos estudios de Weber acerca de la relación capitalismo-ética protestante, sabemos que el afán de lucro y el aumento incesante de la producción y la productividad para aumentar las plusvalías están en la base motora del sistema social. Nada de eso se encuentra ni en las sucesivas reorganizaciones del aparato administrativo imperial, ni en la progresiva consolidación del *curso ecuestre*, ni en medidas como el *Edicto* diocleciano, por citar los casos más llamativos. Tampoco son razones de esta clase las que llevan, por ejemplo, a Juliano a los intentos de dulcificación fiscal.

Ello significa, volviendo al mundo antiguo, que aun antes de que el MPE se desarrolle como tal regionalmente, la sociedad antigua se halla con una fuerte limitación, independiente del hecho de que las producciones estén más o menos basadas en el empleo generalizado de la mano de obra esclava (y aparte el que sepamos que la principal producción masiva conocida en el mundo clásico estuvo básicamente atendida por mano de obra libre): esa limitación es la inatención de las clases o grupos dominantes al problema de la productividad, limitación muy rígida, característica de la Antigüedad mediterránea (aunque no solo suya), y que lleva en sí un factor de enorme contradicción que habrá de manifestarse, por ejemplo, en momentos en que el crecimiento demográfico se haga acuciante o en cuanto que crezcan las necesidades de consumo de los estamentos y grupos dominantes o privilegiados.

Mientras que el fenómeno de crecimiento poblacional determinó en algunos lugares del mundo clásico soluciones del tipo de las *apoikías* en la colonización griega (incluso en ciudades evolucionadas y suficientemente esclavistas como Corinto o Mileto), en plenos siglos VI y V antes de C. Atenas, a la que tomamos como arquetipo por su importancia posterior aún siendo un caso realmente único, no participó en la empresa colonizadora y estableció, para solucionar los problemas internos demográficos, un sistema nutricio basado no tanto en la fundación de colonias cuanto en el control del Mar Egeo y en las exacciones a los miembros de una liga militar que, realmente, financiaban con sus pagos la democracia ateniense. Régimen, por lo demás, que fue el único en la antigüedad que dio el control real del poder a los ciudadanos pobres

Esclavismo y disgregación del sistema

En este apartado vamos a intentar exponer cómo resulta excesivo centrar en la existencia de esclavos, y aún en el hecho mismo de que un modo de producción pueda llamarse propiamente esclavista, la causa de su crisis final. Acudiremos a los propios textos de Marx para intentar mostrar cómo de intento se han omitido muchas consideraciones suyas. Entre ellas —aunque la tratamos más lejos conviene señalarla aquí— la oposición entre ricos libres y libres pobres, más que entre libres y esclavos que, en efecto, no constituyen propiamente *clases sociales*. Marx no ignoró, frente lo que se afirma a veces, la importancia de las calificaciones legales y jurídicas de la situación de los hombres; es decir, lo que hoy todos llamamos el *status*. No obstante lo cual y además de otras cosas que veremos ahora mismo, los sectores más larga y persistentemente difundidos de la investigación marxista politizada no han tenido empacho en construir edificios teóricos en los que no se sabe qué denostar más: si su inconsistencia o su cinismo.

Habláremos hace unas líneas de las *apoikías* y del sistema pericleo. ¿Cómo meter en el mismo cajón a estas dos experiencias, o a la ateniense y a la romana de tiempos de los Graco?

Roma era un poder militar y políticamente establecido en territorios que iban desde la península de Anatolia hasta el Océano Atlántico y desde el desierto del Sahara hasta la cordillera alpina, incluyendo la gran mayoría de las costas del mar Mediterráneo y, por supuesto, regiones diversísimas en las que los modos de producción y las respectivas formaciones económico-sociales eran tan distintas como en aquella época pudieran serlo. Pues eso es justamente lo que como norma —y no como excepción— hace o ha hecho hasta hace un tiempo la literatura que comentamos.

Me atrevería, incluso, a decir que la existencia de esclavos, generalizada y como mano de obra básica para la producción, no tiene por qué llevar siempre en sí misma las condiciones para la desintegración de una formación económico-social antigua. Marx apuntaba hacia dos factores de importancia, que pueden rectificarse asimismo, y sobre los que apenas han dicho nunca nada los numerosos escoliastas que ha padecido después.

Uno de ellos, una de estas contradicciones, sería para Marx el que la condición de ciudadano llevase aneja la propiedad de la tierra. Si el ciudadano pierde la propiedad del suelo, pierde con ello la base de su ciudadanía. En la interpretación que hace Hobsbawm del texto de Marx, que puede tenerse por correcta, se dice que cuánto más rápido es el desarrollo económico más factible resulta este proceso. Puede añadirse que, en efecto, la introducción de la moneda facilita los créditos y, en general, el mecanismo de los endeudamientos; y que éstos tienen a menudo como única o principal garantía la tierra que posee el prestatario. Pero este factor de desintegración que se dio en determinados casos no se dio en otros.

El ejemplo de economía generalmente aceptado como más desarrollado en la Grecia clásica es el ateniense; su evolución no fue rápida, sino vertiginosa en algunos puntos: una polis que a fines del siglo VII aún no poseía legislación escrita ni codificada y en que numerosos delitos se penaban con la muerte se hallaba, menos de siglo y medio después, en posición de Estado imperialista, rico, sin agobios materiales y con las clases menos favorecidas protegidas de manera indiscutible por el aparato estatal. No sólo la pérdida real e individual de la propiedad de la tierra no significaba el decaimiento en los derechos ciudadanos, sino que el hecho de que esas pérdidas se produjeran llevó al Estado a confirmar la circunstancia de que la tierra, que se había convertido en mercancía, peligrosamente y al alcance de quien tuviera medios de compra, era inasequible para cualquiera que no fuese ciudadano. E incluso en la legislación contemporánea se restringieron las condiciones mediante las cuales era posible obtener la ciudadanía, de manera que el derecho a la propiedad y a la posesión del suelo en el Atica no pudiera ser obtenido indirectamente por los extranjeros ricos: no se podía comprar el título de ciudadano, de polita; la fiscalización de las listas de los demos fue real y la familia de Pericles mismo se vio afectada, como se sabe, por estos acontecimientos.

El segundo factor de desintegración, para Marx, es la esclavitud, naturalmente. Pero con la introducción en el análisis de este factor no se intenta una explicación absoluta ni omnívoca de la realidad antigua.

Marx pone de manifiesto en qué condiciones —porque no ocurre en todas las condiciones— se desarrolla el proceso que podemos entender como característico en la romanidad occidental en su evolución hacia el feudalismo. Si existe la necesidad de limitar la ciudadanía para que el acceso a la propiedad privada de la tierra sea más dificultoso; si existe la necesidad de restringirla para proteger el predominio de los propietarios concentracionistas, por un lado, y, por otro, el de los conquistadores *manu militari* ello habrá de conducir a la esclavización de algunas gentes vencidas, muchas o pocas. Pero —y es preciso que insistamos en ello— esta pauta de desarrollo del proceso es la que, según la interpretación marxiana, parece haberse dado en líneas generales en la época clásica del imperialismo romano y, más precisamente, en las provincias occidentales. Sin embargo el caso bizantino es muy distinto, así como el de determinadas zonas del Norte de África de donde estudios recientes, y concretamente realizados en España, tienden a evidenciar cómo la esclavitud posee características muy especiales durante el Alto Imperio en los territorios del África proconsular.

En las líneas trazadas por Marx para intentar discernir esta evolución lo que ocurría, en definitiva, era que la mancomunidad formada por los ciudadanos iba reduciéndose a una aristocracia de terratenientes y nobles, más o menos cercanos al patriciado; esta aristocracia permanecería como el conjunto de los únicos terratenientes absolutos frente a los pequeños propietarios, a los no poseedores y a los esclavos.

Pero en sus trabajos —y, sobre todo, en las *Formas*...— Marx no se detiene a analizar las contradicciones reales y concretas, particulares, en sus variedades y circunstancias, de una economía de tipo esclavista; las *Formas*... —repitémoslo— se mantiene en un plano de análisis supergenérico, y estas dos contradicciones apuntadas por el pensador alemán —condición ciuda-

dana aneja al acceso a la propiedad del suelo, esclavitud— son esbozadas como dos contradicciones concretas, particulares, como aspectos de la contradicción fundamental de la sociedad antigua.

Volviendo al texto, recordemos cómo Marx (que claramente tiene *in mente* la imagen de Roma, y no la de Grecia cuando escribe) afirma que el hecho de que Roma fuera un Estado urbano y municipal no significaba que no fuera una sociedad campesina basada en la propiedad de la tierra. Comunidad no igualitaria, desde luego, pero que, sustancialmente en su opinión, ponía el excedente de producción a disposición de la entera comunidad para atender a fines comunes de supervivencia y reproducción del sistema.

La supervivencia exigía la guerra, puesto que la única amenaza para su existencia era el aniquilamiento a manos de otra comunidad exterior. Y la reproducción de las condiciones de supervivencia (sobre todo en la forma de intentar procurar tierra a cada nuevo ciudadano) exigía la guerra de conquista como solución más sencilla, puesto que no privaba de sus propiedades y posesiones a los grupos dominantes.

La guerra, entre otras cosas, producía la esclavitud; y cuando este sistema desarrolló, para seguir reproduciéndose, elementos de economía monetaria, una burocracia creciente-mente especializada, un ecúmene lingüístico y jurídico, así como sectores de cierta entidad en los que actuaban elementos de la economía de mercado, etc., llegó un momento en que lo que a veces Marx llama el *modo de producción clásico antiguo* (terminología conscientemente vaga y sistemáticamente obviada por los dogmatizadores) fue arrastrado a su ruina imposibilitando la evolución de la sociedad en la misma dirección y también, en más de un punto, la emancipación del individuo.

En muchos sentidos puede advertirse que todo esto no está en dependencia directa del hecho mismo no sólo ya de la esclavitud, sino de que el modo de producción dominante fuera el habitualmente entendido como esclavista. La necesidad de las guerras expansivas y la condición de la ciudadanía, con tantas connotaciones psicológicas e ideológicas como llevó anejas, jugaron un papel principalísimo.

De aquí a acabar afirmando:

1) que en toda la Antigüedad la oposición es de clases (intentar definir las sin distinguirlas de las que actúan y se configuran en el capitalismo).

2) que esas clases son, sustancialmente, las de los libres y los esclavos.

3) que las "sociedades esclavistas"—y en particular la romana del Bajo Imperio— caen por un estallido revolucionario protagonizado por los esclavos.

media todo un abismo o una serie de abismos. No puede, honestamente, cargarse este conjunto de débitos en la cuenta de Marx.

Nuevos términos para la realidad

Soy de la opinión de que, para un historiador de la Antigüedad, sobre todo si se reclama seriamente del marxismo, resulta de escasísima utilidad práctica la terminología al uso para los modos de producción. A la hora de trabajar sobre espacios y tiempos concretos, sobre problemas particulares o zonales la miseria de esas denominaciones es tan evidente que no puede ignorarla nadie que alguna vez haya puesto personalmente manos a la obra. Apenas sirve como marco genérico —es decir: para el uso que Marx le dió— en donde situar un breve conjunto de rasgos globales que ni caracterizan ni pueden caracterizar por sí mismos a una formación socio-económica particular. No es, pues, extraño, que del grandísimo retraso que la historiografía marxista ha padecido muchos decenios se haya derivado la circunstancia de que la mayor parte de los historiadores occidentales prefieran, de hecho, emplear la terminología tradicional, meramente descriptiva, si se quiere, pero más capaz por eso mismo para retrasar adecuadamente la realidad histórica aunque sin intención finalista ni interpretativa suficiente.

El texto de las Formas..... no está acabado en ningún sentido. Y es, sin embargo, el único en que Marx trata de acercarse a las formaciones precapitalistas como conjunto, como género que abarca a la dilatada fase de la historia humana que no es realmente historia universal o planetaria.

Estas formaciones aparecen en el texto marxiano como disolviéndose poco a poco y, sobre todo, aquellas en que coexisten la propiedad privada y la propiedad comunal (como se da en el *ager publicus* romano o en su equivalencia en el *modo de producción germánico* —otro término secuestrado por el dogma y que, por cierto, no se refiere sólo a los germanos—). Cuales sean los agentes de la disolución, lo acabamos de ver. Y en este factor complejo y

múltiple, uno de los vectores, uno de los más aparentes y visibles, es que la propiedad privada se incrementa en su ámbito de acción hasta incluir al hombre mismo, a la persona humana, como esclava o como sierva. De alguna manera puede decirse, que esto es predicable tanto de lo que habitualmente se llama esclavismo cuanto del feudalismo "canónico".

Esta apropiación de los hombres por los hombres, de una u otra forma, desaparecerá para dar paso al trabajador libre asalariado, que es una de las condiciones básicas del capitalismo.

Todo ello es cierto. Pero Marx no pasó de ahí, o apenas. Incluso en contra de lo que a menudo se ha afirmado, no es una evolución lineal lo que describe; no afirma que exista un estadio en el que el esclavo se transforme en siervo y, finalmente, pasa éste a constituirse o ser constituido en trabajador libre. No se trata de que la evolución de las clases explotadas siga ese camino lineal, sino de una evolución multiforme a partir de tipos que a su vez son múltiples. Ha habido áreas (y no sólo en un continente) en que de situaciones económico-sociales asimilables a lo que suele llamarse el feudalismo no se ha pasado al capitalismo o, al menos, de un modo "natural" o "espontáneo"; como son incontables los casos —y no hay sino pensar en el S. E. asiático, en la India o el Magreb precolonial— en que las tipificaciones según esquemas tan simplistas resultan imposibles, empobrecedoras, dogmáticas y, en definitiva, acientíficas o anticientíficas.

En opinión de muchos ha sido realmente grave el daño inferido al marxismo científico por El origen de F. Engels, que tuvo en muchos aspectos notable virtualidad (sobre todo en el adoctrinamiento político) pero que ha costado al materialismo histórico verdaderos esfuerzos posteriores de autoidentificación. A partir de Engels lo que solemos entender por marxismo habitualmente sufrió fuertes reducciones catequísticas por obra, entre otros, de los socialdemócratas alemanes y, sobre todo, por los "aparatchiks" stalinistas del partido único.

Pero por encima de todo eso, me parece claro que Marx habló de la esclavitud y del esclavismo en el sentido de que este era *uno* de los modos de producción aparecidos en el mundo antiguo, presente de manera relevante en algunos momentos bastante puntales de la historia de Grecia y Roma y en sistemas económicos en los que resultaba posible la explotación del hombre por el hombre gracias a los progresos acometidos en muchos terrenos desde lo que hoy llamamos neolítico (entendido como el periodo en que la humanidad pasa de ser simplemente predadora a producir riqueza, sobre todo y regularmente, riqueza excedentaria).

Lo que no puede aceptarse es el entendimiento del esclavismo como un fenómeno a escala planetaria, de toda la Antigüedad o aún de lo clásico, en un modo de producción fundamentalmente basado en la explotación de la mano de obra esclava por la propiedad privada de la tierra. Es el mismo abuso que pretender incluir sin más al mundo islámico en los cajones escolástico-marxista del feudalismo de Europa Occidental. No obstante lo cual ambas cosas se dicen y se escriben (y, lo que es peor, se leen), sin que sea preciso aducir aquí ejemplos concretos que son sobreabundantes.

La terminología nos es imprescindible y hay que ciudarla si queremos llegar no sólo a entendernos sino, simplemente a entender. No existe, pongamos por caso, ninguna razón esencial para llamar "asiático" u "oriental" al modo de producción que Marx esbozara fijándose principalmente en las formaciones económico-sociales de la India colonial británica del XIX. Los rasgos generales, muy generales, de ese modo de producción y de esas formaciones se dan en muchos otros lugares y tiempos, y constituyen de alguna manera la forma más primitiva de la producción propiamente dicha que por eso mismo, se parece siempre a sí misma; es más difícil que eso suceda en formaciones económico-sociales más evolucionadas o sofisticadas que alberguen modos de producción predominantes más complejos, y en que el número de variantes y combinaciones es mucho mayor. ¿Por qué no usar, en lugar del de "sociedades asiáticas" u "orientales" —como una determinación geográfica inaceptable en puridad hoy en día— la expresión que otros han propuesto y empleado de "comunidad primitiva" o formación basada en un modo de producción "comunitario primitivo"?

Si dijese ahora que, en cierto modo, existen identificaciones entre esclavismo como modo de producción particular en un momento espacial y temporal del mundo antiguo y el modo de producción "asiático" podría parecer prestidigitación. Pues bien: Marx considera expresamente el hecho de que *los modos de producción esclavista, antiguo y germano se desarrollaron de alguna manera a partir del asiático* y —cito textualmente— del asiático "desarrollado hasta transformarse en su contrario, pero siendo todavía la base oculta, aunque contradictoria, de la propiedad antigua y germánica". Ahí encontraba Marx la clave "estructural" para explicar por qué en el mundo antiguo existió lo que en Roma se llamaba "ager publicus", a pesar de que durante la mayor parte de la historia romana aconteció el predominio de

los modos legales y reales de la propiedad privada.

Esta no es un simple *ius utendi et abutendi*: y es un fenómeno que tampoco fue siempre válido en la misma Roma. En todas partes incluyendo a Roma, en tiempos y lugares en donde las formas socioeconómicas y jurídicas no romanas siguieron en vigor en una u otra medida, es posible hallar, respecto del derecho individual a la propiedad, limitaciones que proceden del derecho de las familias, de las autorizaciones religiosas o comunitarias en general, etc., sobre la tierra del individuo. Si quisieramos matizar por cada situación con una terminología adecuada la variedad podría ser amplia y no parece razonable suponer que Marx pretendiera lo contrario, aunque algunos marxistas lo hayan pretendido luego (véase más adelante lo que decimos de Zelin).

Los esclavos y sus variedades. Renovación de viejas propuestas

La esclavitud parece, por otro lado, fácil de definir pero no lo es tanto. Definida tan sólo como la propiedad sin limitaciones que alguien o algo tiene sobre un ser humano, resulta una definición insuficiente a nuestros historiadores. No son lo mismo los penestras de Tesalia que los hilotas de Laconia o de Mesenia; ni son lo mismo los "servi" romanos que los "addicti" o los "nexi", que fueron abundantes en algunas épocas romanas, aunque aspectos de estas instituciones sociales y jurídicas permanezcan oscuros; no es lo mismo la esclavitud en una sociedad que acepte incorporar a su seno sin excesivas discriminaciones a los manumisos que en otra que rechace este proceder. Nada tiene que ver en algunos aspectos el esclavo minero ateniense que trabaja en el Laurion codo a codo con su amo en las agotadoras galerías con el que lo hace entre los hombres de Fidias en ciertos trabajos cualificados pocos kilómetros más allá.

En la Atenas clásica no parece haber existido un trabajo específicamente servil. Aquí viene a cuento, como en el caso de Roma, la imprescindible distinción entre el *status* legal y jurídico y la pertenencia a lo que suele llamarse una clase social que, a mi juicio, no es término correctamente aplicable en toda su extensión al mundo antiguo y concretamente a los esclavos. Si una clase social puede caracterizarse de modo básico, entre otras cosas, porque a): ocupa un lugar específico y determinado en el proceso de producción; b): porque sus intereses objetivos son contrarios e incompatibles con los de otra u otras clases; y c): porque llega a tomar conciencia de tal situación real y se constituye en parte conscientemente protagonista de una acción para modificar el proceso, entonces los esclavos no fueron nunca, en ningún momento de la historia antigua, una clase social propiamente hablando. Desde luego que hay situaciones que objetivamente permiten, al menos a nivel indicativo, hablar de estructuración clasista en sentido general (en el mismo caso en que podríamos hablar de proletarios o de clase proletaria en el caso del lumpen-proletariado), y así lo vio Marx. Pero nada dijo sobre el tema respecto de una Atigüedad clásica que hoy conoce mejor en muchos puntos un estudiante aventajado que el mismo Marx.

Pero es más. Al comienzo aludíamos a cómo Marx había escrito que los esclavos eran tratados por sus dueños "como mera condición inorgánica y natural de su propia reproducción". En la misma obra (los *Grundrisse*) añade:

"El esclavo no está en ninguna relación con las condiciones objetivas de su trabajo, sino que el trabajo mismo (....) es colocado como condición inorgánica de la producción, dentro de la serie de los otros seres naturales, junto al ganado o como accesorio de la tierra".

Desde este punto de partida está claro que en un modo de producción esclavista puro las relaciones entre los amos y los esclavos son relaciones no entre la propiedad y el trabajo, sino entre la propiedad y los medios de producción, entre los que se incluye el trabajo del esclavo enteramente igual al de la acémila, económicamente hablando. La reducción de las relaciones fundamentales a ésta (relación propiedad-medios de producción) no permitiría afirmar que se tratase de una relación de clase propiamente hablando. Naturalmente que hay, objetivamente hablando, dos grupos humanos caracterizados respecto de su distinta situación ante la propiedad, la libertad y los medios de producción y cuyos intereses son opuestos y "contradictorios". Pero uno de esos grupos humanos, el de los esclavos, no "funciona", no puede "funcionar" como clase al ser imposible que se convierta en sujeto de relaciones sociales de ninguna especie.

De ahí que sean prácticamente nulas las posibilidades de los esclavos para influir en la determinación, directa o indirecta, de las superestructuras jurídico-políticas, que dependen de las iniciativas de los libres. No vamos a señalar ahora cuales son los fundamentos que el materialismo histórico halla para la valoración, junto a la posición ocupada en el proceso productivo, del *status* en las sociedades precapitalistas, que todo el mundo conoce muy bien y que ya son de uso general.

Véase, pues, cómo a pesar del uso poco afinado que algunos marxistas han hecho del término “lucha de clases” aplicado a la Antigüedad, los primitivos planteamientos marxianos incluían —a pesar de su brevedad y de su necesaria generalidad— matices bastante más ricos que los asertos fulminantes de quienes han llegado a plantear la dinámica del mundo antiguo como un enfrentamiento entre libres y esclavos, y expuesto, por si fuera poco, en términos de lucha de clases.

Marx dio alguna pista sobre el tema. Veamos algún caso más.

En el “Prólogo” a la segunda edición de *El 18 Brumario* dice cómo, “en la antigua Roma, la lucha de clases sólo tiene lugar en el seno de una minoría privilegiada, entre los libres ricos y los libres pobres, mientras la gran masa productiva de la población, los esclavos, formaban un pedestal puramente pasivo. Se olvida la importante sentencia de Sismondi: el proletariado romano vivía a costa de la sociedad, mientras que la moderna sociedad vive a costa del proletariado. La diferencia de las condiciones materiales y económicas, de la lucha de clases antigua y moderna, es tan radical que sus respectivos productos políticos no pueden tener más semejanza los unos con los otros que la que tienen el arzobispo de Canterbury y el Sumo Sacerdote Samuel”.

Nada, pues, de mecanicismos; no admite este planteamiento, explícitamente, la reducción de los problemas del mundo romano a términos concretos semejantes a los que resultan en el mundo contemporáneo. Y, por lo demás, está claro que lo que Marx señala en una obra tan alejada por sus intenciones y su título de la Antigüedad no es sino una característica para él sobresaliente en el mundo romano: la oposición rico libre-pobre libre como fuente fundamental de las tensiones sociales.

Los esclavos no son considerados en forma de *trabajo como categoría independiente*. La triología propietario-medios de producción-trabajo, es aquí solamente un binomio porque el trabajo del esclavo es una parte de los medios de producción.

Para Marx, en efecto, “en la relación de esclavitud (...) una parte de la sociedad es tratada por la otra precisamente como mera condición inorgánica y natural de su propia reproducción”; no se da, pues, la separación entre el trabajador esclavo y las condiciones objetivas de trabajo. Es un *instrumentum; vocale, pero instrumentum*.

El planteamiento y sus consecuencias serán ciertos en la medida en que se piense que el trabajo esclavo era lo sustancial en esa sociedad. Ese es el punto en que puede comenzar la discusión, y donde nosotros la comenzamos, negando la posibilidad de generalizar hasta ese extremo a la altura actual de los conocimientos. Pero debemos insistir en que no es justo achacar a Marx intentos de formulación dogmática cuando en el contexto de su obra está clarísimo que estas referencias son ocasionales alusiones a aspectos especialmente clarificadores o didácticos del mundo antiguo, sin mayores pretensiones.

Finley, en la obra que ya he mencionado varias veces, (p. 62 de la edición castellana) afirma y da como ciertamente formulados por el marxismo planteamientos que, en nuestro criterio, ni mucho menos pueden achacarse indiscriminadamente al materialismo histórico en general y a Marx en particular, según se verá si se compara lo que sigue con lo que precede.

Así, dice el profesor de Berkeley que el marxismo clasifica a los hombres por “por su relación con los medios de producción”, distinguiendo entre los que poseen y no poseen esos medios; los primeros, a su vez, “son divididos entre los que trabajan y los que viven del trabajo de otros”. Y añade que “sea cual fuere la aplicabilidad de tal clasificación a la sociedad actual, para el historiador de la antigüedad presenta una dificultad obvia: el esclavo y el jornalero libre resultan entonces, según una interpretación mecánica, miembros de la misma clase, pero también el más rico de los senadores y el ocioso propietario de una pequeña alfarería. Este no parece un modo muy sensato de analizar la sociedad antigua”.

En efecto, no lo es. Y ya hemos visto, hace un momento, y al citar *El 18 Brumario* que Marx no pensó que lo fuera. Cuando Finley afirma que “invariablemente, lo convencionalmente ha sido llamado ‘lucha de clases’ en la Antigüedad resultan ser conflictos entre grupos que ocupaban distintos puntos del espectro y que disputaban por la distribución de derechos y privilegios específicos” arroja más o menos conscientemente sobre el materialismo histórico la acusación de aplicar la condición de “lucha de clases” a todas las situaciones de conflicto social como si el concepto de “clase” mismo fuera algo unívoco y claro (p.62) en el pensamiento marxista. Y, lo que es peor, ignora deliberadamente que la consideración que el contenido del concepto de *status* ha merecido por parte de pensadores marxistas de la talla de Lukács es antigua y principal. (Digo que lo ignora deliberadamente porque Finley, obviamente, conoce la *Historia y conciencia de clase* del pensador magiar, aunque no quiera recordar este

punto en la p. 90 de la obra que comentamos). Por otra parte muchas de las luminosas observaciones que hace proceden directamente del materialismo histórico, (como sucede en las pp. 110 y ss., salvo que la presentación de estos planteamientos está hecha de manera que sugiere muy directamente que se trata de un distanciamiento crítico más respecto del materialismo histórico que de los planteamientos ideológicos tradicionales cuando, afortunadamente, se trata de lo contrario) y tienen gran cantidad de puntos en común con las propuestas que vienen haciendo desde hace más de 15 años los mejores estudiosos marxistas tanto en Europa occidental cuanto en el Este. (Por otra parte ¿no será ya hora de que dejemos de hablar de “marxistas” a secas?. En tanto que adjetivación para clasificar un modo científico de hacer que no tiene hoy, por la ósmosis cultural, mucho más valor que decir de alguien que es “cristiano”, por ejemplo).

En la “*Vestnik drevni istorii*” moscovita apareció en 1967 un trabajo de Zelin, justamente afamado (ed. francesa en RILM 84, 1975) en el que muchas de estas cuestiones se planteaban con acierto. En sus críticas a Staerman resumía diáfananamente la cuestión diciendo que “las formas y el carácter de la explotación estaban determinados no sólo por la forma de propiedad sino también por la forma de posesión y por un cierto número de otros factores” y se negaba a aceptar que cada forma de propiedad se caracterizase por una relación socio-económica particular que expresaría el modo de explotación. Porque, aceptada esta premisa, era inevitable “ver por todas partes esa relación o buscarlo —según atestigua nuestra producción histórica de los años 30— mientras que la diversidad de los datos reales no inclina a tal intrepresación” que es empobrecedora.

Con apoyo nada menos que en El Manifiesto comunista (pp. 28 y ss. de la edición francesa en “*Editions sociales*”) se puede estimar que esta falta de correlato entre la teoría y la realidad en los planteamientos marxistas más doctrinarios se explica por la tendencia a aplicar al mundo antiguo, sin matices, las formas de análisis aptas para las sociedades capitalistas. Pero es que el pensamiento marxista actual —mucho más fiel a las fuentes que el de hace cuarenta o cincuenta años— anda muy lejos de hacer tal cosa, en la propia URSS. Está claro que las estructuras de clase en todas las sociedades precapitalistas están dotadas de una complejidad muchísimo mayor. La capacidad homogeneizadora del capitalismo, la condición del trabajo libre asalariado y la existencia de mercados mundiales —por ejemplo— provocan diferencias cualitativas que el marxismo de hoy no ignora y que Marx tampoco ignoró. De manera que si sigue siendo cierta la oposición entre opresor y oprimido (que puede, si se desea, traducirse elementalmente en la frase de “lucha de clases” o en la oposición ricos-pobres, libres-esclavos), es ésta de significación tan genérica que no resulta útil.

En resumen: que el término mismo de “esclavitud antigua” requiere una definición suficientemente amplia y rica para dar cabida no sólo al *instrumentum vocale varroniano*. Zelin propone entender por esclavitud antigua a la intersección “de la clase de individuos privados de medios de producción y sometidos al trabajo forzado” con la clase de los esclavos que jurídicamente han sido reconocidos como tales, y que son la propiedad de otro (individuo, colectividad, divinidad) sin ser necesariamente una mercancía, sin estar necesariamente privados de medios de producción e incluso de toda personalidad, y sin estar necesariamente sometidos a las más crueles formas de opresión.

Pero mucho antes que Lukács fue el mismo Marx, según acabo de mostrar, quien advirtió sobre el asunto. Repetiré el párrafo de El 18 Brumario:

“En la antigua Roma, la lucha de clases *sólo* tiene lugar en el seno de una minoría privilegiada, entre los libres ricos y los libres pobres”.

De aquí puede, como mucho, deducirse que las clases serían las de ricos y pobres; y, en tanto que formadas por libres (lo que es una calificación jurídico-política), serían clases-órdenes. En esta caracterización marxiana los esclavos no aparecen como clase. Aparecen como categoría jurídica —como *status* particular— que resulta socialmente pasiva (aunque económicamente no sea así). El factor jurídico es, pues, determinante, incluso de la inacción histórica de los esclavos.

No es, pues, aceptable decir que el marxismo —o, en este caso, Marx— introduzcan una interpretación mecánica según la cual “el esclavo y el jornalero libre resultan miembros de la misma clase”.

Los historiadores marxistas actuales —incluso en medio tan poco permisivo intelectualmente como el de la URSS— se han hecho plenamente cargo del problema. Y polemizan entre sí, como ha ocurrido en el caso de Zelin y Staerman.

(Hay aquí una directísima crítica a las alegrías de autores stalinianos que, como Struve, califican de *esclavos* a los jornaleros del Egipto helenístico para adaptar la realidad a las impe—

rativas normas de análisis emanadas de la autoridad política soviética de entonces).

De acuerdo con estas observaciones, se plantean cuatro criterios adoptados desde un doble punto de vista: según la relación entre el individuo dependiente y aquel de quien depende y según la situación de esta relación y su significado en el conjunto del sistema social.

Estos criterios serían:

- 1.— Dominio sobre el dependiente y/o los medios de producción.
- 2.— Lugar y significado de una forma dada de dependencia en la estructura global de la sociedad (en un sistema de clases, de órdenes o de órdenes-clases).
- 3.— Relación entre la forma de dependencia y el desarrollo de la producción de mercancías.
- 4.— Modo en que se halla determinada por la coyuntura histórica y relaciones que influyen en su génesis y transformación.

Véase, pues, como se halla totalmente superado el intento de definir al mundo antiguo o al greco-romano en términos tales como los de “modo de producción esclavista” o “sociedad esclavista” y como yerra profundamente quien siga afirmando que éstos son los planteamientos que hoy formula el materialismo histórico más lúcido y científico.

Es evidente, que ello exige un poderoso esfuerzo de análisis, la realización de monografías bien diferenciadas y la elaboración de una nueva terminología, lejos aún de perfilarse. En el plano en que ahora nos movemos la taxonomía de las formas de dependencia y de las relaciones que generan está todavía en sus primeros pasos. Ya se ha avanzado algo más en las propuestas para clasificar a los “modos de producción” y a las “formaciones socioeconómicas” que, como conjuntos mayores, resultan más fácilmente aprehensibles en sus líneas básicas que no la multiplicidad verdaderamente ingente de situaciones particulares.

De ahí que pasemos, para terminar este ensayo, a recordar brevemente algunas de las cosas más recientemente asumidas por la investigación historiográfica marxista acerca de las exigencias de nuevos instrumentos de trabajo tipológico y taxonómico.

Parece aceptable si queremos ubicarnos en una perspectiva universal, distinguir para antes de las formaciones capitalistas, un modo de producción comunitario primitivo que lógicamente (pero sólo lógicamente) ha tenido que ser único y más o menos idéntico en los orígenes de la especie humana. Con lo que, para entendernos, llamamos la “barbarie” o la llegada de las “revoluciones” neolítica y metalúrgica (es decir con la posibilidad de obtener regularmente riqueza excedentaria) aparecerían ya modos de producción y formaciones socio-económicas infinitamente variados, enormemente diversos en comparación con la situación antecedente, caracterizados en general por una estructura básica en que la explotación se verificaría por una comunidad sobre otra sin que ésta perdiera su autonomía; o bien otros tipos en que determinados individuos serían explotados en tanto que tales por otros hombres en tanto que miembros de la comunidad “superior” o de la “clase” dominante.

En este último caso, el de la explotación ejercida sobre individuos como tales, existirían esclavos —de muchos tipos y por muchas causas— o siervos.

Si en una zona del espacio histórico se constituyen relaciones, lazos y dependencias diversas que implican cierta coherencia particular, cierta consistencia específica y peculiar, podremos entonces, según creo, hablar de un sistema económico característico para esa región y ese momento. Es creencia general en los materialistas históricos más avanzados que casi ninguna formación económico-social implica la existencia en su interior de un sólo modo de producción en estado “puro”, entre otras cosas porque —aunque se olvide a menudo— el concepto de modo de producción es un instrumento formal-abstracto utilizado en el análisis de la realidad, y nunca una definición propiamente dicha de la realidad misma.

En la realidad histórica observable las formaciones económico-sociales implican la coexistencia, por imbricación o yuxtaposición, de *modos de producción* diferentes que se combinan diferentemente produciendo resultados asimismo diferentes en cada zona histórica espacial y temporal. Habría pues, que hablar de *formaciones económico-sociales* correspondientes a los grupos de *sistemas económicos* pero a nivel regional. Pertenecerán a un sistema económico en la medida en que presenten entre sí puntos comunes pero siempre considerados en un nivel muy alto de generalización y, en consecuencia, poco útil o poco específico. Sólo el predominio evidente de un modo de producción en un momento dado podría dar al sistema económico correspondiente y a su o sus formaciones económico-sociales una especificidad grande. Por eso resulta absurdo hablar, pongo por caso, de la “Grecia esclavista”.

Esta expresión frecuente en muchos manuales y libros marxistas dogmatistas, carece casi totalmente de sentido y en sus dos términos: el de “Grecia” y el de “esclavista”. Si para definir a Grecia tomamos como referencia el mundo griego de época plericlea, nada tiene que ver

la Gortina cretense con Corinto, aun siendo ambas comunidades dóricas; nada tienen que ver el Atica con Tesalia, porque en ésta última no existen prácticamente ciudades, sus habitantes se agrupan en estructuras gentilicias y sólo ocasionalmente recurren a jefes o magistrados comunes; nada tiene que ver el régimen de los gamoros siracusanos con la comunidad de la minúscula isla de Delos. El Atica, región relativamente extensa, pertenece en su totalidad a una sola polis y sus habitantes no son "áticos", sino atenienses, mientras que en la inmediata Beocia hay contemporáneamente un gran fraccionamiento político con polis enemigas entre sí, según ocurre con Platea y Tebas. ¿Para qué seguir?.

Si se considera el caso romano, incluso en la época que suele darse por la más caracterizada por el MPE hallaríamos factores muy grandes de discrepancia, en un mundo que incluyó a Egipto lo mismo que a las Vascongadas y al antiguo imperio seleúcida o a la Dacia y al Valle del Po.

¿Qué interés posee hoy, pues, salvando el de una primera instrumentalización para el aprendizaje elemental, el utilizar en trabajos especializados conceptos como el de MPE, y más si se pretende que sea capaz de definir suficientemente formaciones económico-sociales en grandes áreas geográficas y económicas de la Antigüedad clásica u oriental?.

Quien desee o necesite nombres y rótulos para los problemas históricos y pretenda trabajar científicamente desde el materialismo histórico o valiéndose de las aportaciones de éste que considere más sólidas, no tiene por qué considerar que Marx estableció listas cerradas o cánones petrificados ni tampoco que los empleados por él estén a salvo de cualquier error. Marx seguramente, sería hoy un duro censor para la teoría de manipuladores que se criaron a su sombra intelectual.

Científicos de contrastada eficacia han propuesto, aunque con poca fortuna (seguramente por las fechas en que lo hicieron) renovar el aire viciado por el viejo vocabulario que, como todo lenguaje, lleva en sí limitaciones y posibilidades que afectan al ejercicio mismo del entendimiento. Pienso en escritos de Thurnwald (de 1932, a mi juicio enormemente penetrantes) o en otros más modernos (1966) del francés Rodinson, que acaso tengan mejor futuro por mor de los tiempos que corren.

Rodinson, por ejemplo, sugiere que se empleen términos del tipo: modos de producción con explotación, que pueden a su vez ser comunitarios o individuales, según sobre quienes se ejerza la explotación fundamental. Los sistemas económicos correspondientes podrían ser llamados, en general, "sistemas de explotación precapitalistas" y, sin pretensiones de otra cosa que no sea la sugerencia, sus variedades podrían titularse "con predominio comunitario" o "individual", pero también, atendiendo a otras circunstancias, "con predominio agrícola" o "pastoril", etc.

También podrían ser de utilidad en la investigación y en la interpretación de los hechos tipos y denominaciones como "sistemas económicos con predominio esclavista", más flexible que la tradicional del marxismo "canónico" de los años 30 y de la Guerra Fría en la URSS.

Todas estas formaciones se incluirían en la familia de las formaciones sociales basadas en la explotación y precapitalistas. Para definir las más —lo que es continuamente necesario— y encontrar la posibilidad de conseguir comparaciones y emparentamientos racionales habría que recurrir a determinaciones y caracterizaciones de tipo geográfico o regional, o a términos descriptivos referidos a elementos predominantes, como pudieran ser el comercio, el grado de desarrollo de la vida urbana, la presencia de determinados predominios religiosos, etc.

Una solución en esta línea es, evidentemente, algo más que una propuesta formalista. Como todo intento de clasificación, lleva aneja una tipología. Y toda tipología supone un ensayo de totalización del género estudiado. En este caso, se trata de dar un paso más en la doble tarea de conocer mejor la historia de los hombres y de poder explicarla y transmitirla, cada vez más fiel y verazmente a quienes en las aulas se preocupan ya seriamente por ellas.

Pero no nos quedemos tampoco en la renovación de los conceptos y los términos que atañen a los modos de producción y a las formaciones económico-sociales. Las relaciones de dominio y dependencia entre los hombres, entre las formas de dependencia y la producción o entre los hombres y los medios de producción exigen también un esfuerzo por nuestra parte.

Desterremos de una vez el hábito fácil de despachar con una frase toda una parcela histórica, como cuando decimos que en la Hispania romana hubo un sistema esclavista. Eso, hoy por hoy, no dice ni prueba casi nada. Y todos debemos ser conscientes de ello.

NOTA BIBLIOGRAFICA

En 1974 publicamos el resultado de un Seminario desarrollado en la Universidad de Zaragoza con el título SOBRE ALGUNOS MANUALES SOVIETICOS DE HISTORIA ANTIGUA, intentando recoger en él lo más sobresaliente de la bibliografía aparecida hasta entonces sobre el tema.

Entre tanto ha seguido aumentando la producción editorial en torno a estos asuntos a un ritmo que hace imposible abarcarla toda. Nos han ayudado más las obras siguientes:

SUR LE "MODE DE PRODUCTION ASIATIQUE". Cerm, París 1974, 2a ed.

FORMES D'EXPLOITATION DU TRAVAIL ET RAPPORTS SOCIAUX DANS L'ANTIQUITE CLASSIQUE, Rilm 84, París, 1975, especialmente los trabajos de Annequin - Claval - Favory (con amplia bibliografía actualizada que nos ahorra referencias) y de K. Zelin ("Principes de classification morphologique des formes de dépendence").

M. Mazza, "Marxismo e storia antica. Note sulla storiografia marxista in Italia", STUDI STORICI, Roma, 1976, pp. 100 a 125.

M. Godelier, "Presentación" (1974) a Polanti y otros, COMERCIO Y MERCADO EN LOS IMPERIOS ANTIGUOS, Barcelona, 1976, pp. 9 a 38.

W. Backhaus, MARX, ENGELS UND DIE SKLAVEREI, Düsseldorf, 1974 (sobre todo los capp. I - III y VI; y el II B "Quellen der Marxschen konzeption"- es muy revelador).

Recordemos, finalmente, que sigue siendo muy importante P. Petit "L'esclavage dans l'historiographie soviétique", ACTES DU COLLOQUE D'HISTOIRE SOCIALE 1970, París, 1972, pp. 9 - 28.